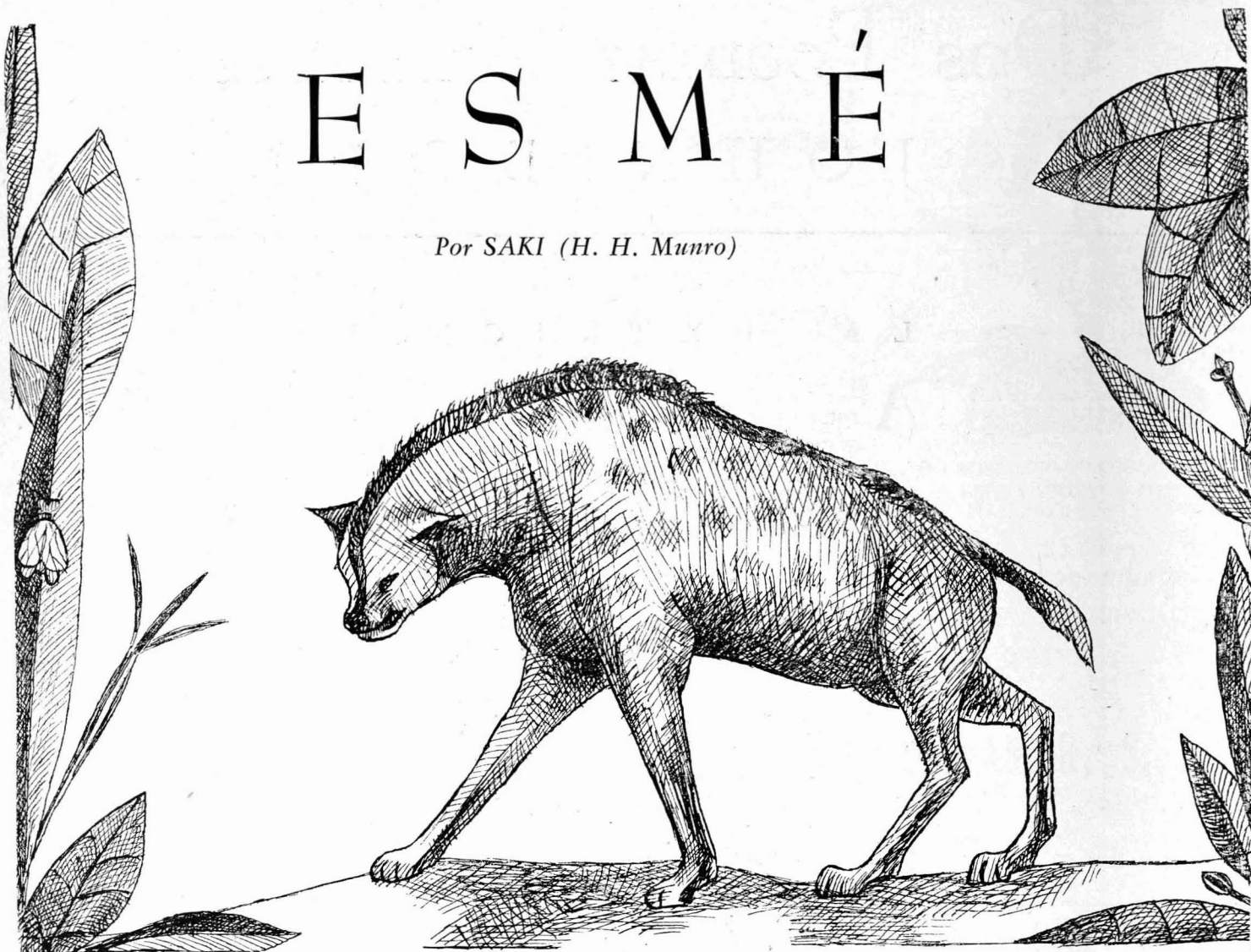


ES M É

Por SAKI (H. H. Munro)



TODAS LAS historias de cacería son iguales —opinó Clovis— de la misma manera que son idénticas todas las historias de carreras de caballos, y todas...

—Mi historia de cacería no se parece ni pizca a ninguna otra que usted haya escuchado— dijo la Baronesa. —Sucedió hace ya algún tiempo, cuando andaba por los veintitrés años. Entonces no vivía separada de mi marido: ninguno de los dos estaba en condiciones de mantener al otro. Digan lo que digan los proverbios, la pobreza mantiene unidos a más hogares de los que separa. Sin embargo, siempre salíamos de caza con jaurías diferentes. Todo esto nada tiene que ver con mi historia.

—Todavía no llegamos al sitio de reunión. Me imagino que hubo un sitio de reunión — dijo Clovis.

—Claro que lo hubo —repuso la Baronesa—. Allí estaban todos los de costumbre, especialmente Constance Broddle. Constance es una de esas chicas enormes y floridas que tan bien encajan en el paisaje otoñal o en los decorados de Navidad de una iglesia. “Tengo el presentimiento de que algo horrible está a punto de suceder”, dijo: “¿Me veo pálida?” Se veía tan pálida como un betabel que de pronto ha recibido una mala noticia.

“Te ves mejor que de costumbre”, le dije, “pero eso no te cuesta ningún esfuerzo”. Antes de que Constance pudiera calar mi respuesta, cosas más importantes reclamaron nuestra atención; los sabuesos habían encontrado a un zorro escondido en unos matorrales de tojo.

—Lo sabía —dijo Clovis—. En todas las historias de caza que he escuchado en mi vida aparecen un zorro y unos matorrales de tojo.

—Constance y yo íbamos bien montadas —continuó, serenamente, la Baronesa— y no tuvimos dificultad alguna en cumplir la primera carrera, aunque fue bastante dura. Hacia el final, sin embargo, acaso nos independizamos en exceso, pues perdimos a los sabuesos y nos encontramos cabalgando sin rumbo a lo largo de kilómetros de lejanía. La situación era algo desesperante, y mi mal humor se desarrollaba por centímetros, cuando al pasar por un servicial vallado nos alegraron la vista unos sabuesos que ladraban con todas sus fuerzas en un hueco a nuestras espaldas.

“¡Allí van!”, gritó Constance, y añadió con sorpresa: “En nombre del cielo, ¿qué es lo que están cazando?”

Era obvio que no se trataba de cualquier zorro mortal. Con una altura más de dos veces la usual, tenía una cabeza corta y fea, y un cuello enormemente grueso.

“¡Es una hiena!”, gritó Constance. “Debe haberse escapado del parque de Lord Pabham.”

En ese instante, la bestia perseguida se regresó y dio la cara a sus perseguidores. Los sabuesos (habría tan sólo una docena) se detuvieron en semicírculo con caras de tontos. Sin duda, se habían sorprendido del resto de la jauría al sentir este olor extraño, y ahora no sabían, con exactitud, qué tratamiento dar a su presa.

La hiena saludó nuestra llegada con ali-

vio —de esto no me cabe duda— y con demostraciones de amistad. Estaba acostumbrada, quizá, a la uniforme bondad de los hombres, en tanto que su primer contacto con una jauría de sabuesos le había causado mala impresión. Los sabuesos parecían más desconcertados que nunca, mientras la presa alardeaba de su nueva intimidad con nosotros. Un ligero y lejano trompetazo dio la bienvenida señal para que los perros partieran sigilosamente. Constance, la hiena y yo, fuimos abandonadas en el repentino atardecer.

“¿Qué vamos a hacer”, preguntó Constance.

“Te encanta hacer preguntas”, dije yo. “No podemos pasar la noche aquí, con la hiena”, respondió.

“Desconozco tus ideas acerca de la comodidad”, dije, “pero yo no pasaría aquí la noche, incluso sin la hiena. Mi hogar será poco feliz, pero por lo menos tiene agua caliente y fría, criados y otros servicios que no encontraríamos en este paraje. Vayamos mejor hacia ese promontorio de árboles a la derecha; me imagino que el camino de Crowley no anda lejos.”

Trotamos despacio a lo largo de una difusa vereda para carretas mientras, alegremente, la bestia nos pisaba los talones.

“¿Qué diantre vamos a hacer con la hiena?”, vino la inevitable pregunta.

“¿Qué crees que se acostumbra hacer con las hienas?”, pregunte malhumorada.

—“Nunca he tenido relaciones con una hiena anteriormente”, dijo Constance.

“Pues yo tampoco. Si por lo menos supiéramos su sexo, le podríamos dar un nombre. Quizá la llamaremos Esmé. Sirve para ambos casos.

La luz, aún suficiente, permitía distinguir los objetos al borde del camino, y nuestros deprimidos espíritus se animaron un poco cuando observamos a una pequeña niña gitana, semi-desnuda, que recogía moras en un matorral. La súbita aparición de dos Amazonas seguidas de una hiena motivó un agudo llanto de la niña. En todo caso, de esa fuente no habríamos obtenido ninguna información geográfica de utilidad. Existía, sin embargo, la posibilidad de encontrar un campamento gitano sobre nuestra ruta. Seguimos trotando —con esperanza y sin resultado— una milla o más.

“¿Qué hacía allí esa niña?”, preguntó, al cabo, Constance.

“Recogía moras. Es obvio.”

“No me gustó la manera como lloraba”, insistió Constance. “Me parece que sus chillidos siguen sonando en mi oído.”

No reclamé a Constance sus morbosas fantasías. De hecho, la misma sensación de sentirme perseguida por un persistente, inquietante berrido, se había ido insinuando sobre mis fatigados nervios. En aras de la buena compañía, le grité a Esmé que se había retrasado bastante. Con unos cuantos elásticos saltitos, la hiena llegó hasta nosotros y se disparó hacia adelante, pasándonos.

El acompañamiento de chillidos se explicó enseguida. Firme, y supongo que dolorosamente, la niña gitana viajaba en el hocico de Esmé.

“¡Santos cielos!”, gritó Constance. “¿Qué diantres haremos? ¿Qué vamos a hacer?”

Tengo la plena certeza de que, en el Juicio Final, Constance hará más preguntas que cualquiera de los serafines.

“¿No podemos hacer algo?”, persistió lagrimeando, mientras Esmé se paseaba a medio galope al frente de nuestros cansados corceles.

Personalmente, yo hacía cuanto se me ocurría en ese momento. Insulté y regañé y halagué en inglés y en francés y en el lenguaje de los guardabosques; azoté absurda e ineficazmente el aire con mi látigo de caza; arrojé mi porta-sandwiches sobre el bruto; en verdad, no sé podría haber hecho más. Y sin embargo, seguimos avanzando en el crepúsculo, cada vez más denso, con la oscura, tosca forma arrastrándose pesadamente frente a nosotros, y un zumbido de lúgubre música flotando hacia nuestros oídos. De repente, Esmé brincó a un lado y se introdujo en un espeso matorral a donde no podíamos acompañarla; el gemido se convirtió en aullido, y enseguida cesó del todo.

Siempre cuento muy por encima esta parte, porque en realidad fue bastante horrible. Cuando la bestia se reunió con nosotros, le notamos un aire de paciente comprensión, como si supiera que había cometido un acto para nosotros censurable, pero que a ella le parecía muy justificado.

“¿Cómo permites que esa bestia voraz trote a nuestro lado?”, preguntó Constance.

“En primer lugar —contesté— no puedo evitarlo. En segundo, dudo mucho que en este momento, sean cuales fueran sus defectos, la hiena sienta voracidad alguna.”

Constance se estremeció. “¿Crees que la pobre criatura sufrió mucho?”, exclamó con otra de sus inútiles preguntas.

“Todo parece indicarlo —dije—. Por otra parte, desde luego, pudo haber llorado por puro mal humor. A veces, esto les sucede a los niños.”

Reinaba una oscuridad completa cuando llegamos a la carretera principal. Un relampagueo de luces y el ruido de un motor nos pasaron al mismo tiempo a una distancia poco reconfortante. Un segundo más tarde, escuchamos un golpe seco y un chillido punzante. El automóvil se detuvo, y al regresar al sitio exacto encontré a un joven hincado junto a una masa oscura e inmóvil.

“¡Ha matado usted a mi Esmé!”, exclamé con amargura.

“Lo siento de veras”, dijo el joven. “Yo también tengo perros, de manera que entiendo su malestar. Haré cualquier cosa para reparar el daño.”

“Por favor entiérrela en el acto”, respondí. “Creo que es lo menos que puedo pedirle.”

“Trae la pala, William”, le dijo el joven a su chofer. Evidentemente, la contingencia de rápidos entierros al borde de la carretera había sido prevista.

Excavar una tumba de cierta dimensión tomó algún tiempo. “¡Qué espléndida bestia!”, dijo el joven cuando el cadáver era arrojado a la tumba: “Temo que se trataba de un animal muy valioso.”

“Obtuvo el segundo premio en el concurso de cachorros en Birmingham el año pasado”, respondió con resolución.

Constance bufó ruidosamente.

“No llores, querida”, dije con la voz quebrada, “fue tan rápido. No pudo haber sufrido mucho.”

“Miren ustedes”, dijo, desesperado, el joven, “les ruego que me dejen hacer algo para reparar el daño.”

Dulcemente, rehusé su ofrecimiento, pero como persistiera, le dejé mi dirección.

Desde luego, Constance y yo nos reservamos el relato de los primeros episodios de esa noche. Lord Pabham jamás anunció la pérdida de su hiena. Cuando uno o dos años antes un animal estrictamente frugívoro se escapó del parque, Lord Pabham hubo de compensar once casos de agresión a ovejas y, prácticamente, reponer las existencias en las granjas avícolas de sus vecinos: una hiena errante habría motivado algo similar a un empréstito del gobierno. De la misma manera, los gitanos no reclamaron a su criatura desaparecida; me imagino que en los grandes campamentos nadie lleva la cuenta exacta de uno o dos niños más.

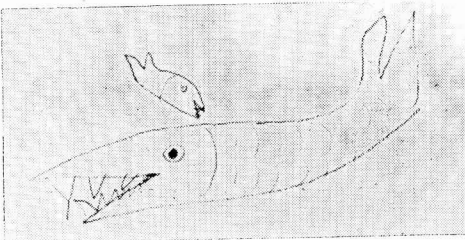
La Baronesa se detuvo, reflexionó y luego añadió:

—Sin embargo, la aventura tuvo su epílogo. El correo me trajo un encantador broche de diamantes, con el nombre “Esmé” dispuesto sobre una ramita de romero. Incidentalmente, también perdí la amistad de Constance Broddle. Verán ustedes: cuando vendí la joya, con toda corrección me negué a entregarle a Constance ni una fracción del dinero recibido. Le señalé que cuanto atañía a Esmé era asunto de mi propia invención, así como todo lo relacionado con la hiena incumbía a Lord Pabham —si en realidad se trató de una hiena, de lo cual, desde luego, no poseo prueba alguna.

(De “The Chronicles of Clovis”, 1911.)

Traducción de Carlos Fuentes.

EL SURREALISMO



Dibujo infantil

(Viene de la pág. 2)

se levanta de su tumba de lugares comunes y coincide con el hombre. En ese momento paradisíaco, por primera y única vez, un instante o para siempre, somos de verdad. Ella y nosotros.

Arrasado por el humor, recreado por la imaginación, el mundo no se presenta ya como un “horizonte de utensilios” sino como un campo magnético. Todo está vivo: todo habla o hace signos; los objetos y las palabras se unen o separan conforme a ciertas llamadas misteriosas; la yedra que asalta el muro es la cabellera verde y dorada de Melusina. Espacio y tiempo vuelven a ser lo que fueron para los primitivos: una realidad viviente, dotada de poderes nefastos o benéficos; algo, en suma, concreto y cualitativo, no una simple extensión mensurable. Mientras el mundo se torna maleable al deseo, escapa de las nociones utilitarias y se entrega a

la subjetividad, ¿qué ocurre con el sujeto? Aquí la subversión adquiere una totalidad más peligrosa y radical. Si el objeto se subjetiviza, el yo se disgrega. “Desde Arnim”, dice Breton, “toda la historia de la poesía moderna es la de las libertades que los poetas se han tomado con la idea del Yo soy”. Y así es: al margen de un retrato de Nerval aparece, de su puño y letra, una frase que años más tarde, apenas modificada, servirá también de identificación para Rimbaud. Nerval escribió: “Yo soy el otro”; y Rimbaud: “Yo es otro”. Y no se hable de coincidencias: se trata de una afirmación que viene de muy lejos y que, desde Blake y los románticos alemanes, todos los poetas han repetido incansablemente. La idea del doble —que ha perseguido a Kafka y a Rilke— se abre paso en la conciencia de un poeta tan aparentemente insensible al otro mundo como Guillermo Apollinaire:

Un jour je m'attendais moi-même
Je me disais Guillaum il est temps que
[tu viennes
Pour que je sache enfin celui-là que
[je suis...

El casi eternecido asombro con que Apollinaire se espera a sí mismo; se transforma en el rabioso horror de Antonino Artaud: “transpirando la argucia de sí mismo a sí mismo”. En un libro de Benjamín Peret, *Je sublime*, la corriente tem-